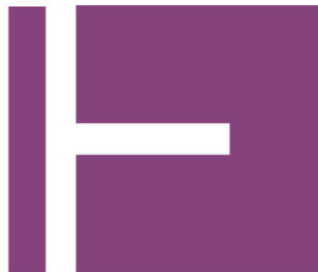


▲ EL PAÍS TEATRAL



# LA PUTA MEJOR EMBALSAMADA

DAVID METRAL

---

 EDITORIAL  
INTeatro

# LA PUTA MEJOR EMBALSAMADA



David Metral

---

EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL

David Metral /

La puta mejor embalsamada ; prólogo de Beatriz Molinari - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2023.

28 p. ; 22 x 15 cm. - (El País Teatral)

ISBN 978-987-3811-76-6

1. Teatro Argentino. David Metral

CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita

Prohibida su venta

Foto de tapa: Archivo INT

### **Consejo Editorial**

Gustavo Uano

Nerina Dip

Gisela Ogás Puga

Carlos Pacheco

David Jacobs

### **Staff Editorial**

Carlos Pacheco (Dirección editorial)

David Jacobs (Edición y coordinación)

Graciela Holfeltz (Producción)

Patricia Ianigro (Distribución)

Laura Legarreta (Asistente de edición)

Juan Ignacio Crespo (Asistente de edición)

Agustina Periale (Diseño de tapa)

Mariana Rovito (Diagramación)

Paula Galdeano (Corrección)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-76-6

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, abril de 2023

Edición a cargo de EUDEBA

Primera edición

# PRÓLOGO





## UN CUERPO VALE MÁS QUE MIL PALABRAS

David Metral creó un monólogo hecho de jirones (de amores y odios inextinguibles). En la obra *La puta mejor embalsamada* imaginó la voz de ‘Ella’, de ‘esa mujer’, Eva Perón embalsamada y puesta a merced de la obscenidad de sus secuestradores. Un cuerpo, una metáfora y un mito.

David Metral toma desvíos para nombrarla. Desde el comienzo predomina la confianza de que ya se sabe de quién habla. Invita al lector a participar en la memoria colectiva de la historia argentina del siglo xx.

Pensada como monólogo, la obra propone voces de conciencia, las de la mala conciencia y la voz de la mujer embalsamada, la innombrable, desde su limbo de parafina.

“Quedé perfecta como una muñeca de cera”. “Solo puedo adivinar y eso hago”, dice Ella desde su doble sarcófago.

El autor elige el tono acertadísimo de un relato que cruza varios umbrales. Cuenta, informa, realiza una descripción dura de los hechos y juega con la voz siniestra del otro que acciona con vocación desaparecedora. El relato es claro, cronológico, un viaje que acompaña el derrotero de Evita, sin nombrarla.

En el devenir de esa construcción, la palabra navega entre la historia conocida –no por todos– y la fantasía que mueve el discurso. La asociación con obras insignia sobre el tema, tales como *Esa mujer*, de Rodolfo Walsh, y *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez, compone un contexto no dicho, aludido y, al mismo tiempo, preciso.

Si el lector/espectador desconoce la tragedia de la gran historia, el texto de Metral lo introduce al territorio de la incertidumbre. Considero de esta manera el universo discursivo que corresponde a las fuerzas de lo nacional, no siempre popular, una maraña que requiere análisis en perspectiva. En ese sentido, tal territorio supera la letra del monólogo y su respectivo comentario.

### Poesía y destellos de teatralidad

Metral crea su propio espacio poético, con el manejo exquisito del lenguaje y la metáfora. En ese trabajo minucioso reside el germen de la teatralidad. Podría decirse que el dramaturgo utiliza licencias sin abandonar el enfoque clásico de un texto. La transgresión está en el tema, en la memoria y el escándalo.

Una muerta que habla, un fantasma, se convierte en un evento político y un acto de reivindicación, cruzando, como se dijo, umbrales, pero sin confundir el territorio de lo amado. Metral habla por Ella. La descripción descarnada y el relato potencian la emoción. De esta manera, en una obra breve se condensan la historia vivida y las preguntas del presente.

Las palabras desafían la teatralidad, la puesta de conceptos y memoria en tiempo y espacio concretos. La escena tiene que resolver dónde poner los cuerpos de quienes van a interpretar un monólogo estallado de voces y sentidos.

Ella es un cuerpo (*sic*) “libre de vejez, el cáncer y los rayos”. Sobre esa imagen poderosa, el dramaturgo entreteje las voces. Pone el cuerpo en un lugar preponderante: tumba profanada, objeto de deseo, obsesión de sus violadores, y, en otro plano, destino colectivo.

Puesto el umbral, el texto va corriendo los límites escuetos del cajón/ ataúd/fosa. Por el rastro del cuerpo llegamos al discurso político y a la épica argentina, exasperante y prolífica en adjetivaciones.

*La puta mejor embalsamada* es un relato poderoso sobre el abuso. Es el relato de una perversión que se mantuvo oculta durante décadas. Ella es “eso”, un cuerpo, una muerta embalsamada, un delirio. Mujer pública, deidad infernal, una desaparecida, una santita.

“El ritmo de su respiración lo delata mientras sus dedos atabacados me recorren desde la planta de los pies, por el interior de mis muslos”, describe la voz de Ella, víctima y narradora de las vejaciones del Coronel.

El texto de David Metral es un dilema para la puesta en escena, palabra escrita que formula hipótesis de actuación, un bello texto que se sostiene por sí mismo por la fuerza poética de su desarrollo. La obra funciona como un largo poema dramático en el que el fluir de las conciencias enfrentadas va generando pistas para su representación.

Se escuchan las voces registradas con distintas grafías. “Desnuda parece una virgen con toda la muerte al aire”, dice el Coronel. Su texto se lee en letra itálica, diferenciado del resto.

La dinámica de la escritura va del registro informativo al eco de las voces de los secuestradores. Se lee:

“Ellos secuestraron mi cuerpo. El Coronel del apellido alemán que significa Rey de la Ciénaga, el que eyacula sobre la parafina que me cubre, me robó una noche de la Central de Trabajadores,

Porque el problema no son los obreros, el problema es ‘eso’ que está en el segundo piso.”

Texto en mano, el desafío pasa por concretar en escena cada quiebre en el relato asumido desde Ella y sus secuestradores, los cambios de registro, sin que en la operación se pierda el amplio sentido que Metral reproduce y suma en la obra. Reproduce lo dicho y sabido (por lo menos para un sector de la población) y suma la mirada personalísima de autor que revela su identidad política.

## Lecturas actuales

¿Qué brinda un texto de estas características? ¿Qué pasa con el público lector/espectador posible? ¿Qué habilidades de lectura e interpretación requiere?

El autor se fortalece en la figura de la desaparecida. Los hechos narrados ocurren en 1952 y refieren a los 14 años de vergüenza que duró la desaparición del cadáver de Eva Perón. Aun así, el escándalo se acomodó en el calendario electoral, la conveniencia de los vivos, la transacción final utilizando el cuerpo conservado y mancillado.

El estigma de las desapariciones como parte de un aparato represor que eligió esa metodología desde el Estado se actualizó durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983).

“... se ponen a resolución de la Junta Consultiva y por su intermedio a las fuerzas vivas de la ciudadanía, las siguientes alternativas:

- Meterla en un avión y fondearla en el río, atada con piedras;
- Quemarla y arrojar las cenizas por el inodoro;
- Diluirla en ácido y hacerla desaparecer.
- (Es una incógnita, una desaparecida, no tiene entidad, no está)”

*La puta mejor embalsamada* pone en palabras el discurso del odio. “...perdida y anónima les sigo molestando como siempre, como nunca, moscardón insoportable que vuela, revuela y carcome”, dice la embalsamada.

Ella es bandera del peronismo y mito vivo de las luchas populares, y enemiga, aun muerta, de quienes siguen considerándola una amenaza. Ha



recibido todos los nombres según las valoraciones y los sentimientos que perduran. Es Eva Perón, Evita, esa mujer, la puta, etcétera.

En perspectiva, la lectura de la obra de Metral interpela sobre el presente. Confuso y amañado, con cambios en la percepción de la historia propia, la democracia y sus enemigos, el presente evoca aquello desde la memoria del oprobio. ¿Qué hacer? La decisión queda en manos del lector/espectador.

El cuerpo embalsamado de Eva Perón fue secuestrado, manipulado, exhibido entre los cómplices del poder (“lo que tengo acá es de película no lo vas a creer, como para escribir un guion inolvidable, sentate”) y desaparecido. Esa marca cruzó el umbral del siglo XXI.

¿Qué es un cuerpo en tiempos de redes sociales, de Tik-Tok? ¿De qué sirve? En este sentido, David Metral asume su rol generando una obra de teatro militante, teatro político de ideas que no pueden ocupar la vitrina de ningún museo.

Codeándose con el mito, Eva Perón, la mujer nunca nombrada en *La puta mejor embalsamada*, sigue en debate. Quizás adormecido por las urgencias que la líderesa del peronismo veía como el motor de la búsqueda de derechos, dicho debate se abre a distintas formas de la esperanza.

“Sé que recogerán mi bandera y aunque a mi nombre lo deje en el camino, ustedes llevarán victoria y la vida de jirones, como yo”, dice Ella.

El dramaturgo expone la historia y los dilemas que su generación abrazó. El teatro tiene esas cosas. Resucita a los personajes a través de la palabra y les da una nueva vida.

La obra que legitima sus raíces en un calendario histórico preciso y en la épica del 17 de octubre de 1945 inaugura otro tiempo en el que Eva Perón yace en su tumba, pero no descansa todavía.

Beatriz Molinari  
Periodista, crítica de artes escénicas

# LA PUTA MEJOR EMBALSAMADA

—  
David Metral



Aquí yace la tierna santita / es la primera vez que duerme solita.

El Coronel pasea y bebe. Da vueltas en torno a una caja para radiotransmisores y mira. Sus ojos acarician la cubierta y mi cuerpo; él no puede dejar de mirar mi cuerpo de parafina.

Una oficina militar del Servicio Secreto; sobre un armario mi cuerpo, prisionero y libre. Libre de la vejez, el cáncer y los rayos. Prisionera desaparecida. El Coronel –veinte años en el servicio de Informaciones– pasea y bebe, me mira y está oscureciendo. No puede evitar hacerlo y en segundos la lascivia le ordenará a su corpulencia echarse sobre mí. Lo hace cada noche. Me preparo, aunque sepa que no llegará a tocarme, ni siquiera sentiré su peso encima mío, ni podré verlo porque mis ojos y todo mi ser fueron clausurados por el cáncer y la química. Solo puedo adivinar y eso hago.

Los productos químicos me invaden poco después de las 20.25 del 26 de julio del año de mi muerte. En minutos, el anatomista español ya interviene en mí a pedido del Presidente. Me lava el tubo digestivo, el intestino grueso y me inyecta formol diluido al 40%. Después de velarme por 14 días, mi cuerpo es trasladado a un laboratorio, en el 2do. piso de la Central de Trabajadores. Me acuestan en una cuba, me sumergen en alcohol al 50% y a lo largo de 4 meses lo van aumentando hasta llegar al alcohol absoluto: 100%. Luego llenan la cuba con xilol para desalojar el alcohol y mi piel se oscurece igual que la de un grasita. Me colocan en una cuba-estufa, a 40 y hasta 60 grados centígrados. Entonces vierten parafina blanda que me penetra hasta embeber mi cuerpo por completo. Ocho meses de proceso, el anatomista español reemplaza la parafina blanda por la dura y me deja sumergida tres meses más. En la semana final me sacan de la cuba, me ponen a escurrir y a mano esculpen mi rostro y todo mi cuerpo deformado por el proceso, como se modela en arcilla. La parafina de mis cabellos es retirada con un peine fino, embebido en xilol.

Quedé perfecta como una muñeca de cera. Y ahora sé que el Coronel que no deja de mirarme se montará sobre mi cuerpo, que es de noche y no sentiré nada. El Coronel siente, sin embargo. El Coronel siente. El ritmo de su respiración lo delata mientras sus dedos atabacados me recorren desde la planta de los pies, por el interior de mis muslos.

–Desnuda parecés una virgen con toda la muerte al aire.

Y los dedos siguen escalando, despacio, hasta llegar por fin, demorándose morosos entre la fronda del monte que guarda los secretos de venus. Lo adivino apretándose contra mi vulva.

–Las estatuas de parafina son impenetrables, Coronel, ¿no lo sabe? Aún así un temblor corporal sudoroso denuncia en su crescendo el derrame de Onan en tierra yerma.

–Pedrito sí, De Paula también, mi General lo que quisiera. Pero usted no, Coronel, usted no. Sin forro noo, con forro noo. Para usted parafina y cerrazón. Del arte y del pueblo sí. Para los simios paja.

–Ellos secuestraron mi cuerpo. El Coronel del apellido alemán que significa Rey de la Ciénaga, el que eyacula sobre la parafina que me cubre, me robó una noche de la Central de Trabajadores,

–Porque el problema no son los obreros, el problema es “eso” que está en el segundo piso.

Pero después del rapto no saben qué hacer conmigo. Adivino conciliábulos, intrigas de palacio, que el Presidente de Facto desearía esto o aquello, que el Capitán de Navío y el Mayor lo de más allá. Reuniones secretas; mezquindades guiadas por el terror a una muerte; miedo a que el pueblo se apodere de mí y me lleve en muchedumbre, como una antorcha que arde por las calles de la ciudad.

–Informe oficial a la ciudadanía sobre estudio realizado al alma y currículum de la occisa, según lo dispuesto por Dcto. N° brlbrlbrlciocho, art. Prlprlprltiuno, inc. 2.

–Efectuado el exhaustivo análisis que indica la normativa citada *ut supra*, se detecta:

- Que estamos ante una sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo y ofídico. Ejemplo: su vestuario era ofídico: lo cambiaba a cada rato, como la serpiente cambia su epidermis cada año.
- Que su resentimiento con el género humano, propio de una actriz de terceros papeles, proviene de su condición de cortesana. Que, habiendo conocido por debajo de los pantalones a destacadas figuras del ámbito civil y militar, su experiencia del ser humano masculino despertó en ella el odio por el macho incógnito que luego de cohabitar le deja solo unas monedas.
- Que por tanto, tenía no solo la desvergüenza de la mujer pública en la cama, sino la intrepidez de la mujer pública en el escenario. Que se ganó el apelativo de pública porque el conocimiento de los hombres que la rentaron para su placer momentáneo así lo certifica.
- Que quienes, ignorantes desvalidos de toda razón, levantaban altarcitos para adorar a la deidad infernal, fueron víctimas de esta diosa pagana, de una mistagoga cuyo templo mayor fue el lupanar.

Que, vistos los considerandos apuntados, se ponen a resolución de la Junta Consultiva y por su intermedio a las fuerzas vivas de la ciudadanía, las siguientes alternativas:

- Meterla en un avión y fondearla en el río, atada con piedras;
- Quemarla y arrojar las cenizas por el inodoro;
- Diluirla en ácido y hacerla desaparecer.

—(Es una incógnita, una desaparecida, no tiene entidad, no está.)  
El Coronel objeta.

—Trofeo demasiado importante, algún día la podemos necesitar para negociar, quién sabe.

El Presidente de Facto cede. Ordena mi cristiana sepultura. Pero el Coronel tiene otros planes, algo que ver con un hilo de baba que le asoma por la comisura de los labios. Me lleva a su oficina, me encierra en una caja de madera para radiotransmisores, sobre un armario. Ahora me cree suya, un juguete,

el más caro y deseado. La sensualidad del poder hace tarea en su cerebro. En días hábiles y horarios de oficina baja el cajón y lo para apoyado en la pared. Entonces invita a sus amigos, los hace pasar y les ofrece una copa. Oficiales del ejército y la Armada, civiles, parientes. El Coronel está de pie junto a la caja, mira a todos y la abre.

Mi piel muerta y el whisky que brilla en las copas.

La soldadesca y la oficialidad baja lo saben. Traman venganza. Por las mañanas aparecen notas sobre el escritorio del Jefe: –Te vamos a cortar los huevos; ojalá a tu hija le agarre la polio. Una noche dejan una bomba en el palier de su casa. Otra, rodean la caja con velas encendidas. –Debe cuidarse Coronel.

–Me la tienen jurada, rondan todo el tiempo, creen que tengo la culpa, esos roñosos no saben lo que hice por ellos, que yo se las salvé a la santita. Pero la historia me lo va a reconocer.

Un día vinieron médicos, o enfermeros no sé, y me cortaron un dedo para identificarme. Las cosas tienen que ser legales, es histórico.

Los dedos embalsamados no dan huella digital, hay que hidratarlos. Después de cortarlo, al dedo lo sumergen en agua, sacan la huella para asegurarse de quién soy y me lo pegan de nuevo como si fuera una pieza de mecano. El análisis da positivo. No hay duda de quién soy. Esto que está aquí, este cuerpo duro, perfecto, alcoholizado y parafinado soy yo, la puta mejor embalsamada de la modernidad científica, obra del anatomista español, secuestrada para el placer de los libertadores de la patria, los guardianes de la moral cristiana, caterva de chupacirios que han venido a poner las cosas en el lugar de donde nunca debieron salir, a rescatarnos de la ficción y sincerarnos a la fuerza con un caño en la sien de una vez por todas.

El secreto mejor guardado puede dejar de serlo en un momento; las razones de seguridad deben ser sagradas para un oficial de inteligencia, más si tiene apellido alemán, el que significa Rey de la Ciénaga. Entonces nada mejor que cambiar “eso” de lugar, desorientar, confundir al enemigo, burlarse de él hasta derrotarle la voluntad.

Me meten en un furgón de florería y muerta como estoy, sin cortejo ni coronas ni oropeles, viajo de incógnito por la ciudad, habito cada hora en sitios diferentes, al paso del furgón adivino las escuelas que abrí cuando era abanderada. Hay madrugadas en las que aparezco rodeada de pétalos y velas que cubren el asfalto en torno mío. Se habla de unos duendes que llevan las camisas sueltas al viento y corren por la noche detrás del vehículo. Cuando se detiene, esperan que el chofer se vaya, arrojan las flores, prenden los cirios y en el oscuro escapan al suburbio.

—La va a tener que guardar en su casa, Mayor.

—¿Qué, en mi casa? Pero, mi Coronel, cómo me pide eso, yo lo que sea le hago, siempre cumplí sus órdenes, pero eso, que quiere que le diga, tengo mujer, hijos, se van a dar cuenta, imagínese.

—Es una orden, Mayor. Guárdela hasta que se disponga lo contrario. Proceda carajo.

Al Mayor le pareció el lugar más apto. Me llevó una noche tarde cuando la familia dormía y me dejó sola en el altillo de una terraza. Una terraza desnuda igual que yo. La oscuridad barrial, anónima.

Aquí yace por tiempo indeterminado el cuerpo sin vida de la artista sin provenir, la prostituta de clausura, humedecida en un desván de trastos con olor a polvo.

El Mayor me visita a menudo por las noches. Es prolijo. Trae un pañuelo blanco y me lustra las tetitas. Por lo menos este no se babea encima mío ni me eyacula en el vientre. Tiene miedo el boludo. Miedo a una estatua de parafina. —La pistola, Mayor, no se olvide. Y la escopeta, apóyela en la pared ahí a un metro cerca.

Subordinación y valor para defender a la parca.

—Crean que me la pueden robar estos cursientos. Me quieren cagar la carrera; una mancha en el legajo por culpa de esta yegua y todo se va a la mierda. Vengan a buscarla si son machos. La vida de mil negros como ustedes no vale mi ascenso.



Vigile en la vigilia, vigilante Mayor, no se distraiga. Tenga en cuenta que hay una daga preparada para cada garganta, un puño que aprieta en la noche inesperada. La violencia en manos del negro no es violencia, es justicia. De repente detrás de la cortina una mano, el viento que agita el aguacero, la figura vengativa del justiciero y su cuello, Mayor. Sentirá el filo del acero en la nuez un segundo antes de sacarle el seguro a la 9 milímetros.

Vaya entonces y sálvese si puede; dígame al Coronel que le quite el peso de la muerta ilustre, vamos, vaya mierda, arrodílese ante el Rey de la Ciénaga y pida clemencia cagón de escritorio, ruéguele, arrástrese, ofrézcale limpiar los retretes, lustrarle las botas con pomada Washington, lavarle el Mercedes Benz y dejárselo impecable los sábados por la tarde. Vamos, corra, limpie, barra.

Y si no, tire a la primera sombra que vea en la terraza desnuda como yo. Tire a la noche negra y mate, mate Mayor.

En las madrugadas se asoma al ventanuco, siempre lo hace. Disciplina, constancia. Una noche cerrada cree ver un bulto moviéndose en la oscuridad, entonces no duda, aprieta los dientes y le tira el cargador completo. En el aullido de muerte el timbre de la voz le resulta familiar. Cuando su linterna ilumina un camisón rosa con puntillas reconoce a su mujer. Al otro día la sepulta con honores en el panteón militar, a ella y al hijo que llevaba en su vientre. Una placa sobre la tumba establece: muerta en acto de servicio.

Maldita y vengadora. Nadie saldrá ileso de mi cercanía.

—Lo siento mucho, Mayor, pero se evitó lo peor. No se culpe, vamos, che, no sea flojo, usted cumplió con su deber. Qué le vamos a hacer. ¡Fiiiirme!, ¡vista al freeente! Primero la Patria, después el Ejército y por último su señora y el nonato.

Y vuelta al punto cero. Me regresan al Rey de la Ciénaga, la oficina, el dedo hediondo a tabaco que quiere penetrarme y no puede; las fiestas de alcohol marcial y mi cuerpo retornando lozano en la fantasía del Coronel, del Mayor, del Capitán de Navío. Todos los grados del escalafón y la misma paja.

Hasta que el día impensado llega una mujer. ¿En un cuartel una mujer? La trajo el Coronel, lleva apellido alemán como el de él, amiga de la familia, lazos de sangre, Baviera, Turingia.

—Lo que tengo acá es de película, no lo vas a creer, como para escribir un guión inolvidable, sentate (ella no quiso).

Cuando abre de golpe la caja, un latigazo la tira hacia atrás hasta el borde derecho del escritorio; un tintero volcó su contenido.

—¿Qué hacés? Me arruinás el trabajo. Me apasiona caligrafiar sabés; me tranquiliza, con pluma cucharita, es un acto artístico. Una de mis fantasías es redactar en letra gótica la sentencia de muerte de todos los negros que me la quieren robar. Tranquila, ¿qué te pasa, nunca viste un cuerpo embalsamado? Pero este no te lo esperabas, ¿sabés lo que vale? Una revolución vale. Es mía. Toda. Puedo hacer con ella lo que quiera, aunque esta runfla de merdosos me ronde noche y día; la quieren para ella a la santita, le prenden velas y desparraman pétalos por todas partes. No saben el tamaño de puta arrastrada que idolatran.

Tiembla de bronca, no puede quedarse quieta. La mujer mira al Coronel, después me mira y por un instante adivino en sus ojos los míos, nos confundimos, ella soy yo que soy ella, oligarca y bastarda; callejera y recoleta, perfume francés y grasa de pella.

No soporta quedarse, se siente mal, alega una jaqueca y se va. Se van los dos. La noche se apiada y duermo de pie.

La mujer remueve las telarañas del poder, solo por mujer. Habla con el Capitán de Navío.

—O se lo decís vos o voy yo y va a ser peor. Si se llega a saber, ustedes se hunden y los partiduchos de la pata civil junto con ustedes. ¿Mirá si a un juez de esos *mani pulite* se le ocurre investigar? Se embarran sin remedio, ¿te das cuenta? Y nosotros nunca podremos ser peores que ellos. No podemos serlo porque ellos son la mersa y nosotros la patria. Siempre lo fuimos, porque sí, porque siempre fue, es y será así, porque las cosas son como son. Porque nosotros, hasta cagamos en celeste y blanco, como nuestras vacas.

Alarmadas reuniones de claustro. Claustrenses. Al Coronel le sacan la custodia de mi cuerpo. Se despide de mí sin una lágrima, la juega de macho el jerope pero en el último instante se toca sin darse cuenta, se le escapa el gesto de lamento genital. Es inútil, el apetito venéreo lo domina. Tiene la entrepierna del pantalón llena de manchas como si hubiera comido papas fritas. Nadie sale indemne de mi cercanía.

Me entregan al Coronel Católico, foja impecable, aplicado y santurrón. Cristiana sepultura es la orden que sale del Presidente de Facto y se pasea ante el Jefe de Granaderos, de allí al Capellán de los Paulinos, después al General de la Orden y hasta el Papa lo sabrá.

Aprobado. Póngase a gestionar.

—Es la tempestad que lleva a puerto.

Ahora tengo movimiento, un vaivén permanente de columpio, como si pasara en litera entre una brisa fresca con olor a sal, no sé. Habré vuelto a la Laguna de Junín; una siesta de rosquitas y mate en la orilla, con mis hermanas bailando en derredor del ataúd y mamá que cambia las flores y repasa los bronceos.

Ya no estoy en una caja para radiotransmisores; ahora tengo ataúd con nombre, con cubierta de seda, ornatos y puerta holandesa. Pero el apellido es otro, no sé. Soy la misma y no, otra identidad. Me roban de nuevo, secuestro, cambio de apellido, ocultamiento. Desaparezco por tercera vez, disfrazada en la ausencia de un anonimato nuevo, como una niña tres veces huérfana, no sé. No sé quién soy, mi única certeza es la muerte.

El vaivén de columpio es porque navego el Atlántico en la bodega de un barco, desde el oeste del sur hacia el este del norte; de mi lugar a un no-lugar.

Un mes de travesía puerto a puerto y ahora soy una milanesa, sola en el fondo de un cementerio, de pie, extrañada, bebiendo la cicuta del exilio. Una milanesa empanada en madera, diamante del Riachuelo y el pueblo secándose las lágrimas en los harapos.

No hay muertos cerca. Eligieron el sector más descampado del cementerio mayor, a 10 cuadras de la entrada, campo 86, tumba 41. La única tumba.

Primera vez en mi vida-muerte que se dejan quedar la paz y el silencio. Un paisaje como de provincia, llano, árboles de brisa y murmullo. Mi cuerpo solo, desacosado y con identidad falsa. La paz. En la siesta comienzo a recibir la visita de una señora, como si fuera mamá o una hermana, que lleva esos trabajos de rutina mortuoria: quita el florero, lava el florero; limpia devota el mármol, el mármol se limpia; frota el bronce de la plaqueta, la plaqueta brilla. Me trae flores frescas todos los días, invierno y verano. Sin saberlo los deja sobre mi cabeza porque yo descanso de pie.

La señora le lleva flores a alguien que nunca existió y por eso nunca puede haber conocido. En cambio es probable que me conozca, pero no sabe que la que está aquí soy yo, la que fue para millones de creyentes el mesías prometido; la que no puede resucitar porque nunca murió aunque esté muerta y sin embargo me deja flores frescas todos los días, la Tía Pina.

Catorce años parada en un cementerio la milanesa, en paz al fin sin saber dónde ni porqué y el único idioma que me es permitido se llama silencio. A la que nunca pudieron callar y pronunciaba palabras inalterables como fuegos de forja diccionaria.

Aunque no obstante al fin y al cabo después de todo, perdida y anónima les sigo molestando como siempre, como nunca, moscardón insoportable que vuela, revuela y carcome.

En el año 14 del exilio secreto, un 1ro. de setiembre vienen por mí a la tumba otra vez, otra vez, otra vez. Tía Pina no entiende. Deje tía, son conocidos. Qué tal, tanto tiempo, pasen, faltaba más. El Coronel Católico y dos oficiales actúan el papel de falsos parientes.

—Es urgente extraer la momia, prenda de negociación, parte del acuerdo, sacar, llevarla de vuelta, entregarla al deudo.

Adónde, por qué, hasta cuándo. El deudo. ¿Ese es él?

Dos sepultureros ignoran todo pero socavan a pala, campo 86, tumba 41. Al rato, un féretro derruido emerge de las entrañas de la tierra remota, con mi cansancio y mi hartazgo adentro. Será mi trágico sino: al sacarlo el cajón se abre solo, a la vista de todos. Soy la involuntaria desnudista compulsiva, hay dos tipos y me muestran.

¡Milagro, milagro! Los ignorantes sepultureros caen de rodillas, gimen su convencido padrenuestro. Proceder. El Coronel Católico les pone unos billetes en la mano.

—Ni se les ocurra contar lo que han visto, nadie les va a creer, van a terminar en el manicomio. Váyanse ahora, ustedes no vieron nada.

Pagado el silencio de los inocentes, ahora vuelvo a estar en el interior de un furgón, algo acostumbrado, rumbo a mi próximo destino. Viajo en la noche del hemisferio norte sin expectativas, como la que ha vivido todo, como la que nada espera. Yo, la que nació para ser nadie y no tener nada en un arrabal desamparado de las tolderías de Coliqueo. Pero cadáver y todo les sigo alborotando el gallinero.

Un hogar itinerante, el interior de un furgón sin nadie que me esté molestando con dedos rencorosos o miradas lascivas, está propicio. Nada siento, nada veo, ya fue dicho, y todo adivino. Me esperan presencias queridas, traslados que desandan viejas rutas y me retornarán un día a la tierra. No sé cuánto falta ni me importa; estoy muerta. Eximida de categorías temporales, esperar siglos no me inmuta.

Me llevan, me entregan, me devuelven. Siempre de noche.

—De pie. Señores y Señoras: en este solemne acto, se encuentran aquí presentes (además de los familiares de la ilustre) autoridades civiles y militares: El Sr. Anatomista Español, el Sr. Embajador de la República ante el Reino, el Sr. Coronel Católico, los Sres. Oficiales del ejército en representación de la patraña, de la patraña... ¡de la patria!

Y sin pagar por sus tropelías, porque ellos nunca pagan, faltaba más, siempre pagamos nosotros, pero un día pagarán, así lo juro.

Él. ¿Ese es él? Sí, ese es.

Otra vez a su lado vuelvo a sentirme una niña que juega libre a librarse, a librar a todos y señalarlos con el dedo. Piedra libre por el Coronel que perdió su juguete, piedra libre por el Mayor que perdió su familia, piedra libre por El Presidente de Facto que perdió la vergüenza, piedra libre por la mujer que perdió el miedo y denunció, piedra libre por el Vaticano que perdió la piedad; piedra libre por los que me odiaron por ser mujer con poder, piedra libre por todos los que perdieron todo. Piedra libre por mí que perdí la vida.

Esta nueva casa. Un parque como en San Vicente un siglo atrás. ¿Ese es él?

Sí, ese es. En su derredor, dos muñequitos de torta van y vienen, se afanan en atenderlo, solícitos y limpia solapas. Ellos son los que me cuidan. Y hay dos caniches que me ladran, o dos muñequitos me ladran y me cuidan los caniches, no sé. Pero están siempre todos ahí jugando cerca. Tienen cara de ratoncito y cantan cuando se hace de noche:

*Un gnomo, un duende/ un brujo de aquelarre/ el viejo se duerme/ y la bruja le barre.  
Demente, el brujo/ transmuta los poderes/ sonriente brujita/ orgía de placeres.  
Sarcófago negro/ santita embalsamada/ venga, vaya, pase/ la condición del hada.*

—Antigua Orden de la Rosacruz, Venerable Logia Anael, transmisión de orden al Gran Maestre Hermético del ocultismo: transmutar los poderes espirituales de una a otra servidora de la humanidad, mediante proceso alquímico secreto transformador esotérico. Producto de la intuición intelectual hacia la verdad trascendente. Invocación al numen fundador, espíritu que guía al ser humano hacia la verdad metafísica.

—Rajen, muñequitos de torta. Rajen, que para esto hacen falta agallas y asfalto. Y llévense los caniches que ya me tienen los ovarios llenos.

—Él duerme. Sueña volver con la frente marchita y morir besando la tierra. No lo acompañaré porque estoy muerta y ya tuve un velorio y un cadáver de viaje por las tinieblas. No asistiré a otro.

*(Pausa larga.)*

—No quiero recibir más nada. Desposeía soy libre. Me tienen sin cuidado las alabanzas de los explotadores, métanselas ahí donde no llega el sol. Vine a la vida a decir lo que nunca se dijo, porque seguí la farsa del oropel para saber la verdad y regresé después al bajo, como nadie regresó. Trepadora que se va para no volver; no. Cenicienta que se casa con el príncipe y olvida la miseria; tampoco. Niña de tango que va del percal a la seda negando su pasado; nunca. Quedarme en lo alto a gozar de la mentira; jamás.

—Llego a lo más alto, pero después bajo hacia la pobreza para empoderar al desposeído. Ahí me constituyo y fusiono.

*(Pausa.)*

—Yo no me dejé arrancar el alma que traje de la calle.

Sin embargo, hay lo que sé que sucederá: pronto un descanso final me espera en otro camposanto, en el sitio preciso donde el destino ha decidido ponerme desde siempre. En el medio, en el extremo centro, para que puedan amarme y odiarme a gusto sin tocarme.

Sintiendo el terror de mi eterna presencia.

Oficialmente lo admitieron:

—A ella es a la única que siempre, aún después de muerta, le tuvimos miedo.

Allí terminaré, en otro camposanto, visitada por millones en medio de mis enemigos.

Sé que recogerán mi bandera y aunque a mi nombre lo deje en el camino, ustedes llevarán victoria y la vida de jirones, como yo.

FIN

## NARRAR EL CUERPO PROPIO

En el momento en que llega a mis manos el texto original, cuyo nombre es *Con toda la muerte al aire* escrito por David Metral, no puedo dejar de escuchar a miles de voces hablando por la boca de Eva. El texto puede considerarse como un texto plural. Si bien es Eva quien narra las peripecias de su propio cuerpo, por la manera compositiva que irradia esa escritura, no puedo dejar de sentir que son distintas mujeres y hombres que no sólo la hablan, sino que la encarnan. Pero esas personas no son cualquier persona, son mujeres y hombres del pueblo, humildes, “grasitas” como los solían llamar los contreras. Por esta razón, decidí montarlo con bufones.

Los bufones tienen su origen en las márgenes de los conglomerados urbanos, podemos encontrar referencias y documentos que los ubican desde la Edad Media en Europa –lo que no quiere decir que antes no hayan existido aquí en América. Ellos eran los excluidos, los enfermos, los locos, los delincuentes, los diferentes, los pobres. Podemos hacer entonces un viaje en el tiempo y fantasear que esos son esos mismos excluidos a quienes Evita dedicó su vida. Supe inmediatamente que, en esta obra, si bien era Eva quien hablaba, lo hacía a través de ellos: los cabecitas negras, los humildes; para quienes ella fue su abanderada.

Hace muchos años que me dedico a investigar en el lenguaje bufón, este propone un universo diferente para el imaginario de actuación, resultando, de esta manera, una gran herramienta de entrenamiento para la sensibilidad actoral, tanto individual como colectiva. Se ejercita el lirismo, la blasfemia, el trabajo coral, la composición de figura y fondo, entre otras dimensiones escénicas con las que trabaja esta técnica. El bufón recupera estereotipos y los reconfigura; los mestiza y pervierte para construir un nuevo ser, similar pero distinto. Guarda contacto con su original, para así luego convertirse en un mal plagio, berreta y cursi, que ressemble una leve nostalgia de su nobleza, motivo por el cual es amado. Se aferra al inconsciente colectivo para generar identificación con el espectador, a quien podríamos poner en el rol que cumplía el rey, que encarna la ley y el poder autorizado para cortarle la cabeza, si así lo desease.

Por consiguiente, el bufón debe divertir, pero a la vez no ser condescendiente; debe incomodar, pero no ofender; como así también, elegir las palabras justas y los momentos precisos y manejar el ritmo y la música. Su performance corporal debe atrapar la atención y enamorar, coqueteando peligrosamente con la desaprobación, que es también su propio final.



En esta tarea de danzar en la cuerda floja, donde se debe atrever a decir y hacer cosas políticamente incorrectas, pero sin ofender ni escandalizar del todo a la audiencia, quien entrena en el bufón requiere de una muy fina escucha del público para percibir la aprobación. Una aprobación tensa, paso a paso, que permita expandir la frontera de la corrección siempre un poco más, en dirección a los temas que nos duelen, que nos incomodan y no podemos nombrar sin estremecernos de espanto, enojo o tristeza. El bufón sí puede hacerlo, es un hábil encantador de serpientes, enamora al espectador con su ternura y su locura, y, a la vez, su extremo sentido común. Posee una capacidad para nombrar bellamente lo más funesto y oscuro; y simultáneamente, una ternura infantil que utiliza para iluminar las llagas.

Luego de contextualizar un poco acerca de la técnica del bufón, quisiera hablar sobre el texto espectacular de *La Puta mejor embalsamada*, obra montada a partir del texto original de David Metral *Con toda la muerta al aire* e interpretado por la compañía teatral Cortocircuito.

Cortocircuito está conformado por las actrices Mariana Mansilla y Laura Bringas y los actores Agustín Alezzo, Emiliano Barrera Vásquez, Claudio Castillo y Nelson Balmaceda. Junto a ellos y a Mariela Ceballos, mi asistente de dirección e iluminadora, nos propusimos esta aventura.

En el texto de David Metral, se reúnen sucesos de la historia que parecieran ser sacados de una película surrealista pero que no lo son, están narrados con rigor histórico, pero asemejan ser ficción y resulta difícil competirles en la escena. Montar ese texto, intentando alcanzar la magia que el teatro siempre regala desde ese altar que es el escenario, sólo me fue posible desde este lenguaje de actuación que es el bufón. En tanto el texto fue escrito —como me gusta decir recordando a Néstor Perlonguer— neobarrosamente, fue imposible llevarlo a cabo como está planteado intrínsecamente sin arrojarme a la misma irreverencia y barro que propone el autor. Con el equipo necesitábamos transpirar esas camisas al viento, desplegar todas nuestras banderas y trajes hasta romperlos en girones. Necesitábamos las máscaras que nos ofrecen todos los bufones del pasado para sacar desde las vísceras y el inconsciente colectivo a todos aquellos relatos y fantasmas de la historia, para poder meternos con los iconos intocables del peronismo. Necesitábamos recordar las historias contadas en voz baja de nuestras abuelas, acompañadas a los traqueteos de sus máquinas de coser, con las fotos de Evita y de Perón guardadas en el lavadero de sus casas, repitiendo las historias del primer día en que a las mujeres les fuera permitido votar... Y finalmente, fuimos todos peronistas.

Nos valimos de los trajes, que deforman las apariencias del cuerpo para componer a cada uno de los personajes, y para que todos sean Eva y el pueblo, para que el pueblo sea Evita. Y este es el motivo por el cual, un texto original que fuera escrito como unipersonal, tal y como lo era este, devino orgánicamente en una obra para cinco bufones.

Durante el proceso de ensayos, las actrices y los actores se fueron apropiando del texto a medida que se lo aprendían. A la manera de los bufones que en manada se acercan a las ciudades a robar alimento, abrigo y novedad. Y para ello, se resguardan entre todos de los palos y las piedras, con las que sus enemigos les arrojan para que vuelvan a sus reductos en las márgenes. De la misma manera, fueron rapiñando los pedazos del cuerpo textual que cada uno quería decir, apropiándose de él si se lo aprendían, negociando con el otro, proponiendo con fuerza y energía el protagonismo de la escena, sin pretensión de justicia, volviéndose un juego donde unos ganan y otros pierden. Esta metodología perversa permitió configurar los personajes que desarrollaría cada bufón en el relato. Así se configuró la puesta, buscando en manada la manera de existir en la escena, trabajando para todos, siendo a veces coro y a veces corifeo.

El relato es llevado a cabo por los distintos bufones que son Eva, todos juntos y cada uno también personifican al resto de los personajes: al coronel Rey de la Ciénaga que es Carlos Eugenio de Moori Koenig, al mayor que es Eduardo Arandía, al Capitán de Navío que es Francisco Manrique, al Presidente que es Pedro Eugenio Aramburu, al Coronel Católico que es Eduardo Cabanillas, al Anatomista español Pedro Ara, al Papa Pío XII, al Jefe de Granaderos Alejandro Agustín Lanusse, al Capellán de los Paulinos Francisco Rotger, al Superior de la Orden de los Paulinos Giovanni Penco, a la cineasta “Mujer en el cuartel” que es María Luisa Bemberg, a la tía Pina que es Giusepina Airoldi, a la supuesta Evita María Maggi De Magistris y también al pueblo descamisado.

La composición escénica es barroca generando permanentemente la búsqueda de luces y sombras. Los trajes reconfiguran la imagen de cada actriz y actor, para dar lugar a personajes en altura o enanos, masas de descamisados corriendo con la bandera argentina en alto, una virgen, un barco y más. Las luces juegan con los colores del billete de Evita de \$100 y acompaña los ocasos del relato.

La música evoca estereotipos utilizados como cliché del imaginario argentino de determinadas épocas, que opera sobre el inconsciente colectivo para empujar a la emoción, o todo lo contrario, para despegarse de la

identificación directa. La música, a la vez, posee una función cómica, al intentar crear una configuración berreta de la imagen impoluta e intocable, tanto de Evita como de algunos momentos de la historia, para provocar la risa, que es uno de los objetivos de los bufones. Por ejemplo, cada vez que el cadáver de Eva en la obra es descubierto a la vista de los militares, destapado o desenterrado su cajón por voluntarios que socaban la tumba a pala, el tema musical *Pretty woman* suena cual disparo al corazón, y conecta en el inconsciente con la frase popular: “Mujer bonita es la que lucha”. Para hacer asociación libre con la película *Mujer bonita* donde Julia Robert era prostituta, Evita fue nombrada por los contreras de ese modo. Y así, entonces, en busca de la humorada bufona nos valemos de ese recurso para operar al interior de la ética del lenguaje. Esto mismo sucede con cada canción que utilizamos. Otro ejemplo es la pieza de Ennio Morricone de la película *La misión*, que inmediatamente nos remite al trabajo de evangelización que hicieron los jesuitas en América, y así linkea con el proceso de evangelización peronista que fuera denunciado en aquella época, a causa de los libros repartidos en las escuelas con las lecturas referidas a Perón y a Evita. También, en este sentido, aparece *Siga el baile* y *Por cuatro días locos* de Alberto Castillo y demás temas musicales. Todos responden a la misma lógica del lenguaje.

El texto de Metral habla como Eva, con su mismo descaro, humildad y cercanía, es poseedor del mismo poder de la palabra justa. Una imagen que se dibuja nítida en los ojos, grabada en la retina con los olores, las broncas, los sueños y las esperanzas de los pobres. Evita habla muerta de nosotros, de su cuerpo, del cuerpo de nuestro territorio argentino, de ella como territorio siendo el cuerpo de muchas, de muchos por los que marchamos aun hoy.

El texto abre, al imaginario de este lenguaje que nos apasiona, un sin fin de posibles, nos permite coquetear con la ilegalidad, meternos con el dolor que nos habita desde hace tantos años, con un ser amado por miles de personas en todo el mundo, reírnos de los estereotipos, de las pasiones, de la miseria humana, emocionarnos y abrazar al otro, sintiendo aún el profundo desamparo que provocó la orfandad de todo un pueblo.


Julieta Daga

Directora de la versión teatral de *La puta mejor embalsamada*

## ÍNDICE

- 5 **Un cuerpo vale más que mil palabras**  
Beatriz Molinari
- 9 ***La puta mejor embalsamada***  
David Metral
- 23 **Narrar el cuerpo propio**  
Julieta Daga

**La puta mejor embalsamada**  
Abril de 2023 - Primera edición



---

“El texto de Metral habla como Eva, con su mismo descaro, humildad y cercanía, es poseedor del mismo poder de la palabra justa. Una imagen que se dibuja nítida en los ojos, grabada en la retina con los olores, las broncas, los sueños y las esperanzas de los pobres. Evita habla muerta de nosotros, de su cuerpo, del cuerpo de nuestro territorio argentino, de ella como territorio siendo el cuerpo de muchas, de muchos por los que marchamos aún hoy.

El texto abre, al imaginario de este lenguaje que nos apasiona, un sin fin de posibles, nos permite coquetear con la ilegalidad, meternos con el dolor que nos habita desde hace tantos años, con un ser amado por miles de personas en todo el mundo, reírnos de los estereotipos, de las pasiones, de la miseria humana, emocionarnos y abrazar al otro, sintiendo aún el profundo desamparo que provocó la orfandad de todo un pueblo”.

Julieta Daga